

“Solo, añade, se casa el mentecato
“Que tiene religion y fiel conciencia,
“Y se precia de justo y timorato.

“Pero el hombre de mundo y de experiencia
“Que mil novelas malas ha leído,
“De la muger se burla y su inocencia”.

¿Ves á Don Roque allí, lujoso, erguido,
Con cuánto orgullo la cabeza mueve?
Pues aun no paga al sastre su vestido.

La renta de la casa, ha un año debe;
Y aunque oye del casero mil horrores,
No le causa cuidado esto el mas leve.

Todo ha cambiado ya: los oradores (*)
Que debieran salvar, con alma fuerte,
A la patria infeliz de sus horrores,

No se cuidan ¡oh Fabio! de su suerte:
Antes parece que en sus crudos males
Se gozan y que anhelan ya su muerte.

Varios, no todos, viles generales
Por las calles verás que con gran lujo
Se pasean en coches sin iguales.

Mientras que el oficial que se condujo
Con valor en el campo de batalla,
En la miseria vive, hecho un cartujo.

(*) Hay excepciones honrosas.

No mas Fabio, no mas: por tu bien calla:
Ya la virtud murió; y el vicio, erguido,
En todas partes acatado se halla.

El usurero vil que no ha seguido
Tus máximas, paséase contento,
Y arruinando á la viuda ha enriquecido.

Y el padre de familia que un momento
No abandonó de la virtud la senda,
En union de sus hijos muere hambriento.

De tus ojos caer deja la venda
Que te ocultaba la verdad, ¡oh Fabio!
Y ministro tal vez te harán de hacienda,
Si alaba el robo y la maldad tu labio.



SONETO.

Un árbol tierno en el pensil florido
 Se vé, del cuidador abandonado,
 Y á su planta el clavel luce encarnado,
 Y mil flores que allí vida han tenido.
 Mas con tal libertad, crece torcido,
 Y las flores se mueren á su lado,
 Unas, porque del sol las ha privado,
 Otras, porque jamas sombra han tenido.

El niño así que descuidado crece
 Por el ser que le diera la existencia,
 Acia el vicio se inclina que apetece.

A su lado sucumbe la inocencia:
 De sus amigos la virtud perece;
 Y á su pátria destruye sin clemencia.



A HORRENDA CULPA,

HORRENDO CASTIGO.

LEYENDA.

PRIMERA PARTE.

Amante, esposo, y asesino.

Amar, señora, es tener
 Inflamado el corazon,
 Con un deseo de ver
 A quien causa esta pasion,
 Que es la gloria del querer.
 Agustín Moreto.

I

Es una noche serena:
 La luna lánguidamente
 Brilla en el cielo esplendente
 Cercada de estrellas mil.
 Pliega el céfiro sus alas
 A sus tibios resplandores,
 Y en el caliz de las flores
 Duerme que hay en el pensil.

Corre el Nerva silencioso,
Sus aguas moviendo apenas,
Y en la orilla sus arenas
Se ven cual perlas brillar:
Y en el Arenal balsámico,
Cubierto de cien jardines,
Los pintados colorines
Duermen sin trinos alzar.

Todo yace en el silencio
En Bilbao en este instante:
Ningun rondador amante
Mueve en sus calles el pié;
Y en una casa tan solo
Que está en la hermosa Rivera,
Una luz brillar ligera
Tan solamente se ve.

Dos mugeres en su sala,
Alhajada ricamente,
Están una de otra en frente,
Mirándose y sin hablar:
Las dos sintiendo en sus pechos
Diferentes afecciones,
Y latir sus corazones
Por el amor y el pesar.

La mayor veintiun abriles
A lo sumo contaría,
Y diez y nueve tendría,
O poco mas la menor;
Y ambas son hermanas tiernas
Que cada una á la otra ama:

Laura la menor se llama,
Y Maria la mayor.

Es esta de faz tan blanca
Como el ampo de la nieve,
Tocado con tinta leve
De finísimo carmin:
Sus mejillas son dos rosas
Que el botón roto han apenas;
Y su frente es de azucenas,
Sus labios de serafin.

Sus ojos negros, rasgados,
Grandes y medio dormidos,
Por pestañas circuidos
Largas que sombra les dán:
Dientes de perlas preciosas
De amarillez sin un rastro,
Cuello hermoso de alabastro
Donde las gracias están.

Pelo negro que le cubre
Su finísima cintura,
Y que está con su blancura
En contraste seductor:
Planta breve cual la huella
Que deja el feliz arcángel,
Y leve cual la del ángel
Cuando se acerca al Señor.

Un niño inocente y tierno,
Que apenas seis meses cuenta,
Ella en sus brazos, contenta,

Arrulla llena de amor;
Y cualquiera al cotemplarla
Con su hijo así, juzgaria
Que es esta hermosa Maria,
La madre del Redentor.

Laura como ella es hermosa,
Y como ella blanca y pura:
De planta breve, y cintura
Flexible como el laurel;
Mas sus ojos son azules,
Vivos, que vierten consuelo;
Su mirada es la del cielo,
Y sus labios de clavel.

Su cabello es muy mas claro
Que el de la tierna Maria,
Y en finura bien podria
A la seda aventajar:
Largo tambien y abundante
Como el de su hermana hermosa,
Que huele cual tierna rosa
Que se acaba de cortar.

Despues de un largo silencio
Que no turba ni aun el aura,
Con voz dulce dijo Laura
A su hermana y con amor:
Tú padeces demasiado,
Lo conozco, hermana mia;
Aunque me callas Maria
Tus penas y tu dolor.

Tú dudas, y con justicia,
Del cariño de tu esposo;
Y por eso sin reposo,
Vives en cruda inquietud;
Mas aunque afanosa quieres
Ocultarme tus desvelos,
Las espinas de los celos
Sé que turban tu quietud.

Maria.

Te engañas, Laura, pues libre
De esa pasion está mi alma,
Ni jamas turba mi calma
Ningun recuerdo cruel:
Tranquila estoy, que en mi pecho
A entrar la duda no alcanza,
Que yo le amo; y confianza
Tengo en que me ama Miguel.

Laura.

Tal vez aciertes; mas creo
Que te equivocas, hermana:
Tal vez con pasion insana
A otra adora, por tu mal;
Y de esos viajes continuos,
Para engañarte se vale;
Y quizá de aquí o sale
Por un amor criminal,

Maria.

Basta, Laura, tus palabras

En vez de agradar me ofenden,
Pues introducir pretenden
La desconfianza en mí.
Basta; y nunca, hermana mia,
Si deseas que yo te ame,
Tu lengua á mi esposo infame,
Pues he de dudar de tí.

Con tan singular respuesta,
Quedó Laura sorprendida;
Y su hermana, enternecida,
Despues así prosiguió.
Soy feliz como tú lo eres
Con el amor de tu amante,
A quien adoras constante,
Como á mi esposo amo yo.

Amorosa y bella Laura,
Cuando con un lazo eterno,
Con ese don Juan tan tierno,
Te llegues unida á ver:
Conocerás cuánto vale
Ese creer que nos aman,
Y que si al esposo infaman,
Dan tormento á la muger.

Laura.

Perdona si te he ofendido:
Conozco lo mal que he hecho
En querer herir tu pecho
Con una duda cruel.
Perdóname.

Maria.

Laura mia,
Pura cual la alma de un niño,
Fué un esceso de cariño
El tuyo, si hermana fiel.

Y ambas hermanas guardaron
El silencio mas profundo,
Y en calma seguia el mundo,
Y el viento sin murmurar;
Y el planeta melancólico
De la noche, débilmente
Del Nervion en la corriente
La luz hacia rielar.

Así tan tierna y tan pura,
Tan complaciente y hermosa,
Era la sensible esposa
Del felice Don Miguel.
Jamás abrió ella los labios
Para quejarse un instante,
Que siempre en su pecho amante
Ocultó el dolor cruel.

Y siempre, todas las noches,
Cual en esta, espera en calma
Al esposo de su alma
Que á la una suele llegar;
Sin que nunca le pregunte
Por qué tanto se ha tardado,

Ni donde hasta entonce ha estado
Sin venirla á consolar.

Un ángel es en virtudes,
Como lo es en hermosura:
Como la paloma es pura,
Y cual la tórtola es fiel;
Mas preciso es que sepamos,
Dejando ya aquí á Maria,
En donde, esta noche umbria,
Se encontraba Don Miguel.

En una calle algo oculta
De la villa, vive ufana,
La altiva y bella Doña Ana
De Percira y Aguilar,
En una casa magnífica
Alhajada ricamente,
Do las horas dulcemente
La hermosa suele pasar.

Es de veinticuatro abriles
La Aguilar, alta y hermosa;
Mas cuanto bella, ambiciosa,
Y cuanto ambiciosa, atroz:
Que oculta bajo de un rostro
De ángel que está ante el Eterno,
La alma de un ser que el infierno
Al mundo arrojó feroz.
Irascible y altanera,
Celosa, vil, vengativa,

De imaginacion muy viva
Y de ardiente corazon:
Que cuando de alguien recibe
Alguna ligera ofensa,
Solo en la venganza piensa,
Que es su mas fuerte pasion.

Tal es la bella Doña Ana,
Que hace llegó de Sevilla
De Bilbao á la leal villa,
Doce meses poco mas.
Ni padre ni madre tiene
Portento tan soberano,
Sino un hombre á quien hermano
Le dice y se llama Blas.

Y nadie sabe otra cosa
Perteneiente á Doña Ana,
Aunque algunos diz que hermana
No es ella del tal Don Blas:
Sino que este es un oculto
Sin pudor antiguo amante,
Que si hay rondador galante
No le incomoda jamás.

En la iglesia de Santiago
A la bella Ana vió un dia,
El esposo de Maria
A poco de que llegó;
Y prendado de su rara
Y extraordinaria belleza,
Y su extrema gentileza,
En el instante quedó.

Y sin quitar un instante
La vista de ella se estuvo,
Hasta que acabado se hubo
La misa, corta para él:
Y al salir; la agua bendita
Diola muy cortés y urbano,
Y ella su divina mano
Estendió ácia don Miguel.

Y desde entonces, constante,
Bajo la estrecha ventana
Está, Miguel, de doña Ana,
Como el mas tierno galan:
Y ella al fin de algunos dias,
De quien era estando cierta,
Abrióle amante la puerta
Para premiar tanto afan.

Que por su fingido hermano
Informada estensamente,
De que el nuevo pretendiente
Era rico y de poder,
Miró, á su ambicion sin límites,
El fin en tanta riqueza,
Y á ella vendió su belleza
Como una infame muger.

Y aunque tambien informóla
De que se hallaba casado,
Ella, sin mostrar cuidado,
Halagaba á Don Miguel;
Y finjia que ignoraba

Aquellos sagrados lazos,
Y estrechábale en sus brazos
Mintiendo amor puro y fiel.

Mas cuando juzgó prudente
Que el reprenderle seria,
Demostrando pena impía
Y llorando sin cesar
Recibióle; y sorprendido
Don Miguel quedó al mirarla;
Y su pena al preguntarla,
Llegó ella así á contestar.

—Me preguntas lo que tengo
Cuando me engañas, bien mio!....
Cuando amarte es mi albedrio
Y olvidarte mi deber!....
¡Ah!.... por qué me has ocultado
Que estabas con otra unido!....
¡Ah!... ¿por qué te he conocido?....
¿Por qué te llegué á querer?....

Y un mar de brillantes lágrimas
Dejó correr de sus ojos,
Y él, por calmar sus enojos,
A sus plantas se arrojó;
Y rendido y amoroso
Su mano blanca besando,
Con acento dulce y blando
De esta manera la habló.

—¡Ah! perdona mi delito:
No desgarras con tu llanto,

Del hombre que te ama tanto,
El sensible corazón.
Te oculté que estaba unido
Con otra, bien de mi vida,
Porque temi que, ofendida,
Despreciaras mi pasión.

Mas perdóname, ángel puro;
Que me perdones te ruego:
Me hizo engañarte este fuego
Que me priva de razón;
Mas todo cuanto poseo,
Honosres, vida y riqueza,
Si algo calman tu tristeza,
Tuyos, Ana, desde hoy son.

De un placer imponderable;
De la vil llenóse el alma;
Mas mostrando estar sin calma
Vertiendo llanto siguió;
Y ¿qué valen las riquezas?
Dijo con dolor impío,
¿Qué del mundo el poderío
Para quien su honor perdió?

¡Ah! yo llevo ya en mí misma,
De este amor el fruto horrendo;
El fruto que estoy temiendo
Que llegue el sol á mirar....
¡Ah! Miguel, cuán desgraciada
Y cuán infeliz me has hecho;

Y sin embargo, mi pecho
A tí solo sabe amar.

Mas al ser madre, á un convento
A entrar estoy decidida,
Y en él á acabar mi vida
Para mis culpas borrar;
Y de mi pasión en pago
Unicamente te ecsijo,
Que cuides de nuestro hijo
Sin llegarle á abandonar.

Y otro torrente de lágrimas,
Mas que el primero abundante,
La falsa y pérfida amante
Llegó de nuevo á verter;
Y „¿por qué te he conocido?
Cada instante repetia:
Ya no hay para el alma mia
Ni ventura ni placer.”

—Hermosa, no así atormentes
Un corazón que te adora:
Te juro que desde ahora
Todo, para mí, has de ser:
Todo, sí; que sin tí nada
Para mí hay grato en la tierra;
Y solo el penar me aterra
Que el mundo quieres perder.

Y volvió á ofrecerla tierno
Su riqueza y poderío,

Y sugetar su albedrio
De ella al gusto y voluntad:
Y doña Ana que esto ansiaba
Con anhelo el mas profundo,
Vivir con él en el mundo
Ofreció al fin con piedad.

Y fué madre á poco tiempo
De un niño, cual ella, hermoso;
Y de Maria el esposo
La amó entonces cual jamas;
Pero celosa doña Ana
Aun de la hermosa Maria,
Hacerla infeliz queria
Cada dia mas y mas.

Y de infiel y de perjura
La acusaba á cada instante,
E hizo que fuera su amante,
Para perderla, don Blas;
Mas don Miguel que seguro
De la virtud de ella estaba,
A estas palabras no daba
Crédito alguno jamas.

Y doña Ana, interiormente,
Confianza tal maldecia,
Y estudiaba noche y dia
Como herir á su rival;
Mas las de su hermano y ella
Intrigas mil, no alcanzaron
Nada, ni en nada variaron
A la esposa angelical.

Y así hasta la noche plácida
Do estamos de la leyenda,
Llegaron, sin que comprenda
Tal intriga Don Miguel:
Antes de amor embriagado,
Creyéndola tierna y pura,
A doña Ana amarla jura
Con alma constante y fiel.

—Mas no es tu pasion tan grande
Ni tan fuerte cual la mia,
Doña Ana Aguilar decia
A su amante con afan:
Tú divides con tu esposa,
El amor que hay en tu alma,
Cuando yo vivo sin calma
Por tí solo, dulce iman.

Y ella, en tanto que en tí miro
Yo el mayor bien de mi vida,
Por otro amante te olvida.....
—Calla, calla por piedad:
Esclamó don Miguel triste
Y en estremo conmovide.
—¿Aun dudas? —Nunca he creído
En ella tanta maldad.

Y mordióse Ana los labios,
Viendo que no conseguia
La desconfianza impia
En su amante hacer brotar;
Y él quedó meditabundo,
Sin calma en su pecho alguna,

Y en este instante la una
El reloj llegó á marcar.

—¡A Dios, gloria de mi vida;
Dijo don Miguel, dejando
El sofá lujoso y blando
Donde estaba con su bien:
Hasta mañana, —¡Ah! cuán presto
Pasan las horas de calma;
Repuso Ana, cuando el alma
Se juzga está en el eden.

Y un estrecho abrazo dándose
Lleno de amor y ternura,
Don Miguel, con gran tristura,
De aquella casa salió;
Y poco despues en ella,
Mostrando dolor tirano,
De doña Ana el falso hermano,
Violentamente entró.

Ana.—Tu faz nada bueno anuncia,
Mi Blas.

Blas.— Es tiempo perdido:
En un año no he podido
Nada de ella conseguir:
Y aunque á las criadas tengo
Ganadas una por una,
Me es contraria la fortuna,
Y mal me ha de hacer salir.

Toda la noche he esperado;
Mas fué diligencia vana,

Porque con ella su hermana
Ha estado, sin la dejar.

Ana.—Pues mañana, ya que todo
Mal hasta hoy nos ha salido,
Mientras aqui está su marido,
De Bilbao la has de sacar.

Blas.—¿Mas de que suerte?

Ana.— Despacio
Te contaré mi proyecto;
Y sino eres un abyecto,
Bien el plan ha de salir;
Mas descansenos ahora,
Y hablaremos largamente,
Cuando el sol por el oriente
Llegue brillante á lucir.

II.

Las once son de otra noche
En que sin oscuras nubes,
En el claro azul del cielo
La luna esplendente luce.
Las estrellas, ojos vivos
Con que el cielo ve y descubre
Cuanto los mortales hacen,
A su derredor relucen,
Como suelen los magnates
Que á ver á su rey acuden,
Al rededor de su trono
Brillar cual brillar les cumple.
El céfiro grato y leve

Entre mil lirios azules
Juguetea, haciendo que estos
Sobre el tallo se columpien.
El Nervion sus mansas aguas
Contra el muro no sacude,
Y calma y paz solo muestra
Cuanto á la tierra circuye.
En las calles solamente,
Como es del siglo costumbre,
Algun rondador amante
Bajo el farol se descubre,
Esperando á su adorada
Que mil encantos reúne.
En el Arenal las aves
No elevan sus trinos dulces,
Que en las ramas de los árboles
Que el viento leve sacude,
Duermen tranquilas, en tanto
Que el sol no muestra su lumbre.
Todo calla: el aura apenas
Hace que suaves ondulen
Las flores que, al sacudirse,
Esparcen gratos perfumes.
Mas aunque todo está en calma,
Hay un vil ser de quien huye
En este instante la paz,
Aunque en calma estar procure.
Es una infame criada
De Maria, sin virtudes,
Que espera á dos hombres viles
Que con su oro la seducen.
Cada instante á una ventana

Que cac á un jardin, acude,
Por ver si en él, la malvada,
A los que espera descubre.
Pero viendo que no llegan,
Se desespera y se aburre,
Y en quejas mil contra ellos
Al fin furiosa prorrumpe.
Mas cuando sin esperanza
Se encuentra y teme la burlen,
Tres palmadas se escucharon
Que aquel silencio interrumpen.
—Ellos son, dijo ella; y luego
Pronta á la ventana acude,
Do con otras tres palmadas
Contestó sin que ya dude,
De que son los que ella espera
Dos personas que descubre,
Bajo la estrecha ventana
Acia la cual pronto suben.

~~~~~  
—Don Blas, dijo ella despues  
Que entró uno de ellos al cuarto:  
Con temor he estado harto.  
—Aquí está tu prémio, Inés.

Contestó Blas al momento  
Una bolsa la alargando,  
Que en su seno fué guardando  
Inés con grande contento.